



BABILONIA

Revivals

Los hippies atacan de nuevo. ya se sabe que la rueda de las modas da muchas vueltas, y que las ganas de cambiar los esquemas de unas generaciones a otras, lo más fácil es rebuscar en el pasado un os puntos de contacto. pero en este caso el tema es mucho más curioso.

En primer lugar, quedó suficientemente demostrado en mayo del 68 que las asonadas no sirven para mucho cuando la rueda del Sistema acaba engullendo todas las rebeldías. Porque en este caso, aunque muchos analistas llamaron al 68 francés con el vocablo entonces de moda "revolución", lo cierto es que aquello no pasó de ser un episodio pasajero.

Quienes participaron en ello comentan orgullosos, como el abuelo que narra batallitas, que las cosas no son igual desde entonces, que el grito aquel de "la imaginación al poder" no pasaba de ser una entelequia imposible, al menos tal y como ellos la imaginaron. Los movimientos utópicos, apasionados como ellos solos, no han durado demasiado.

Grave es la caída del comunismo a manos de los burócratas y los bichos trepadores que se encargaron de convertir en un puro y simple régimen disciplinario una de las más imaginativas propuestas de futuro.

Mientras haya tigres, habrá presas que pierdan. pero es mucho más grave lo de los hippies. Quienes

ofrecían resistencia pasiva emulando las enseñanzas del gran Ghandi al grito de "Dad Una Oportunidad A La Paz", hacen negocios hoy con esa misma canción, vendiéndola masivamente para protestar por la Guerra del Golfo. Quienes defendían las utopías, ocupan cargos relevantes en la sociedad actual, y la verdad es que no se diferencian mucho de sus anteriores mandatarios.

Prefieren recordar como una hermosa chiquillada aquel 68 y, desde Richard Branson, ex-hippie y promotor de la Virgin Records, hasta el último pelagato, tratan de demostrar que "estuvieron allí, o por lo menos, que pasaban por allí. Al mismo tiempo, venden a los jóvenes actuales su moto chopper. Chopper, pero moto al fin. Luchan contra las drogas que ellos pusieron de moda y mitificaron, pero no pueden rehuir la tentación de fumar un canutillo en compañía de viejos camaradas con una sonrisilla cómplice.

Parecen haber olvidado el funeral del movimiento que tuvo lugar en la isla de Man, en el "segundo woodstock", cuando una representación más que importante de ideólogos del hippismo reconocieron que no habían llegado a ninguna parte, que habían estado haciendo el indio, mejor dicho, el hindú, y que sus advocaciones a Krishna no habían sido escuchadas. Y en consecuencia, enterraron, como si del hacha de

guerra se tratase, una pareja de muñequitos de largas greñas y ostentosos adornos florales.

Los que otrora protagonizaron el movimiento, a veces con la misma obsesión de aquel entonces, se han vuelto ecologistas, feministas, pacifistas... Son la huella del hippismo. De lo mejor del hippismo, porque ahora, afortunadamente, no se trata de hacer resistencia pasiva ni de ir guarros como señal de armonía con la Naturelaza. Ahora, para bien de toda la sociedad, hace ya algunos años que están manos a la obra, y su presencia es un indicativo palpable en muchos órdenes de las sociedades actuales. Son los coherentes. Saben que es mejor poner manos a la obra que perder el tiempo soñando una utopía entre volutas de marihuana.

Pero solo representan un sector. En estos momentos, la rueda de la moda ha dado la primera vuelta hacia el movimiento hippy, y muchos niños, grupos musicales, y comerciantes, están revitalizando el género. Pero ahora sí que es peligroso.

Ahora solo se trata de una resurrección de los signos, o de una pose sibarita. las ropas holgadas y floreadas, los zapatos de plataforma y los pantalones "pata de elefante" son productos carísimos que solo se encuentran en los sitios más chic. Los niños pijos son ahora hippipijos, alucinan en colores, toman cocaína en vez de ácidos y

compran avidamente compact discs que hablan de paz y amor en el mundo.

Para quien se lo tome como una pose estética divertida, no deja de ser una manera más de combatir la monotonía. Para quien crea que ha descubierto el Nirvana, va listo.

Las nuevas canciones hippies hablan de paz, amor, aldea global, hermandad universal, energías positivas y todas esas cosas, pero olvidan la realidad. no es extraño que esos tres musolinis del baile llamados Stock Aitken y Waterman no hayan vacilado en ponerle minifalda y moño B-52 a Kylie Minogue. Los jóvenes del 68 llevaban greñas contestatarias que les hacían enfrentarse en casa, en la escuela, en el trabajo y en la calle con quienes no veían bien esa muestra de "poca hombría". Hoy, los niños han descubierto la melenita, bien sedosa, bien cuidada por mamá. Esa es la diferencia.

Afortunadamente hay artistas y promotores de este resurgir del hippismo que son coherentes, y no solo hablan de cosas sublimes, pero de ellos conviene ocuparse en otro artículo y no mezclarlos con esta morralla.

por Víctor Maresca